

CEJILINDA: Una pasión lusitana

por Vicente de Lerins

A Marga Steiner, que en portugués se traduce siempre por Sonia Cart.

Recuerdo como si fuera hoy la quemazon que me produjeron en la mano derecha las salpicaduras de magnesio al salir vomitadas como un torrente de lava desde el interior del flash que se había activado y transformado de súbito en un volcán obediente a mi tiro de la cuerda de la cámara, mientras recogía la instantánea agazapado bajo el gualdapolvos de aquella tela negra y basta como una canción fúnebre cosida en tela de franela.

Hace algo más de una semana que salí de mi casa en Vilarello provincia de Orense con la cámara de retratar a lomos de mi burra Mercedes, el trípode terciado en el serón como la pata de una cabra vieja y seca de tendones desgastados, en el otro comida, el magnesio en polvo y los productos para el revelado de las placas fotográficas.

Cruze nuestra Raya y llegué al pueblón de Vilarelho da Raia justo el día grande de la fiesta cuando en la plaza del pueblo, que era a la vez pista de baile y plataforma de lanzamiento de cohetes y guirnaldas, encontré el lugar ideal para la puesta y allí descargé e instalé todos los artilugios y abalorios que llamaban la atención por su modernidad y

contraste, un amasijo de material finamente bruñido en un rinconcito impresionista y alegre dentro la plaza que coincidía con la desembocadura de una de las calles principales de la villa. Los portugueses de ese lado de la Raia aprovechaban mi estancia en los días de fiesta y venían endomingados los hombres con sombrero brasileño de paja y baston noble de madera transmitido de sus antepasados, y se situaban a la par pero levemente separados de sus mujeres respectivas, que también estaban sentadas luciendo el traje regional heredado y raído en los pliegues, mientras los hijos, cuatro o cinco por lo general, se disponían en una sola fila ocupando el plano final del encuadre. El fondo era una lona pintada con montañas coronadas de intensos y pegajosos colores azules y violáceos en una vomitiva mistura, el cielo gris y el suelo de un verde monocolor carente de matices... Aquel paisaje colorido era también mi firma en blanco y negro, un sello personal que me identificaba como el *retratista da Raia* en el lado luso o bien como el *fotógrafo Das Neves* si la conversación transcurría en el lado español de la Raya, pues así era conocido y yo sabía con certeza de arquero que si en una cualesquiera fotografía estaba retratado aquel paisaje deslavazado y alpino cerrando la imagen por la parte de atrás como cierran esas puertas carretales los patios traseros de las casas, entonces con total seguridad ese retrato había sido obra mía.

Cobraba en escudos poco y mal y con las ganancias pagaba las fondas donde dormía, normalmente hospedajes atestados de gente de

toda laya, de la farándula que actuaba en las fiestas de los pueblos con títeres o teatrillos, dormir compartiendo sueños sin quitar la mano de la talega que guardaba el dinero, recelando por costumbre en una desconfianza que se convertía en generalizada. Recordaba a Eça de Queirós: “Todo aquello que no le dices a tu mujer ni a tu mejor amigo, cuéntaselo a un desconocido en una pensión” pero yo no soltaba prenda a nadie conocido ni desconocido, del funcionamiento ni del revelado final de los retratos, pues para aquellos seres era simplemente “magia”.

Conocí a Elisa Ferreira cuando volvía a la pensión después de haber actuado y traía de la mano a su hija Sonia. Elisa era actriz de *varietés*, realizaba un número corto donde bailaba y cantaba, tan breve e intenso que era suficiente para distraer las malas artes de su marido que como actor y cantante dejaba mucho que desear. El ambiente liberal y algo anárquico de aquellos personajes en el Portugal de esa época me resultaban desconcertantes, para mí que como español de Orense había comprobado cómo en la zona de la Raya, daba igual la margen de que se tratase, la vida había discurrido siempre más o menos igual, en una relajada quietud de escasez, parejos en la miseria y los sufrimientos, pues ni un atisbo de riqueza jamás se había, no ya instalado, que sería un sueño, sino ni siquiera asomado a estas pobres tierras, me asombraba con aquellos titiriteros que estaban siempre alegres, quizás para exorcizar la penuria o grávida humillación que llevaban a cuestas y distribuían sin querer por todas las aldeas. Seres que compartían todo,

tanto de carácter material como espiritual sin importarles el grado, la proporción o magnitud de quien ponía en cada lance.

Por cosas del azar, Elisa y yo comenzamos a hablar, a intimar y así poco a poco y casi sin quererlo se fue forjando una digna amistad cuya base se encontraba en algo tan noble como su propia hija Sonia. Cuando los padres trabajaban en la función de noche, que era la mayor parte de los días, Sonia se quedaba conmigo. Le leía cuentos o me los inventaba para ella con el fin de consumir el tiempo y el aburrimiento hasta la llegada de sus padres, y todo lo hacía en una fonda hacinada y convulsionada por las fiestas patronales. Era la niña, muy alegre y aventajada y a la primera vez lo aprendía y recitaba todo -ello podía ser *ima-gen* de sus padres- pero yo creía que no, que en el fondo ella no deseaba ser actriz exactamente, o quizás ser actriz pero de otra manera, no de varietes, pues cuando hablaba de aquellas gentes lo hacía sin infamarles, pero la mínima pasión hacia ellos.

Toda la jornada siguiente Sonia estuvo conmigo en el rincón del retratista de la plaza, observando boquiabierta cómo yo tomaba fotos, recolocaba a las familias para el encuadre, sin perder detalle, viendo cómo se deprendía hacia el aire el magnesio recién calentado... aquel fogonazo de calor y voluta blanca como los penachos sueltos en jirones de los trenes de vapor que tanto le atraían, o tensar y replegar la lona del paisaje incierto, Toda la compensación que obtuvo por su ayuda y

paciencia fue que yo accediera a realizarle un retrato en primer plano de su linda cara para el album familiar. Y así fue.

Por más que miraba a Sonia intentando buscar alguna desfiguración en el rostro, no encontré nada en especial, sin embargo.. aquella ceja izquierda de la foto era.. era... Tuve que repetir la foto al día siguiente. Y la repetí en las mismas condiciones del día anterior. Pero en el revelado y obstinado como un mulo, volvió a salir aquella ceja izquierda "rara". La ceja derecha era normal, no llamaba para nada la atención, pero la izquierda, esa ceja izquierda...

Decidí llegar hasta el fondo: De nuevo volvía a retratar a Sonia por tercera.. que digo.. por cuarta.. por quinta vez.. y tuve que ceder abrumado... la ceja izquierda siempre aparecía levantada como intentando formar un rictus alegre, una curvatura suspicaz o ligeramente descreída.....algo que embellecía aún más a esta mujercita....que ya de por sí era una mujer muy hermosa.

Sonia de la Raya emigró a los Estados Unidos en los años cincuenta y allí protagonizó decenas de películas... Llegó a ser la gran diva que bautizaron como *Marga Steiner*, la joven de la ceja inefable como una perla, la musa indescrutable de aquellos cientos de realizadores que perdieron por ella algo más que kilómetros de celuloide. Yo conocí a Marga Steiner cuando era todavía la joven *Sonia de la Raya* y conservo de ella la agradable quemadura de magnesio en mi mano, un indeleble tatuaje del amor que nos une y que fue sellada

con la última fotografía que le hice, preciosa imagen que ahora estoy mirando sin cansarme y que me parece como un sueño en blanco y negro de un pasado o de un presente que está tocando a su fin para mí.

Vicente de Lerins

Madrid, 29 de septiembre de 2008